

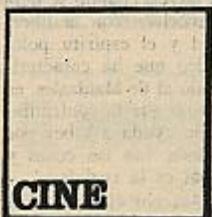
la enésima condena del «enemigo común», sin ninguna respuesta creadora contra sus abusos. El teatro propuesto por tales grupos pasaba así un poco a segundo término, sepultado por un aluvión teórico, cuyas grandes —y sabidas— palabras le servían de coartada.

Ya digo que no todos los grupos estaban en la misma tesitura, tanto si nos atenemos a los colombianos como a los invitados. Algunos, en lugar de sumarse a la victoria verbal de la revolución, presentaban su trabajo, escuchaban y sacaban sus conclusiones. Otros, incluso preguntaban. Y los había también que en un momento dado se revelaban contra la multiplicación de los lugares comunes. Del teatro se saltaba una y otra vez a la discusión política, haciéndose palpables —y dolorosos— los límites del análisis, la dificultad para llegar a un acuerdo y, también, la profunda utilidad última —por lo que encerraba Manizales de explicitación de una realidad cultural y política— del inacabable y necesario debate.

Este año no habrá Manizales. Carlos Ariel Betancurt, el director del Festival, estuvo luchando en Bogotá hasta el último minuto. Pero la situación del país se ha complicado. El Gobierno ha decidido declarar el estado de sitio y extremar la vigilancia. Y eso —contra lo que podría desprenderse de algunas afirmaciones contestatarias— implica la automática suspensión del Festival de Manizales.

Las cosas vuelven, pues, a descubrir su verdadera lógica. En el contexto de una realidad llena de notas violentas, el Estado no puede permitirse el riesgo de subvencionar, ni siquiera de tolerar, la plataforma crítica, confusa —¿cómo podría no serlo en un mundo secularmente colonizado?—, pero de inequívoco signo revolucionario y popular, en que se ha ido transformando la apasionada manifestación de Manizales.

Suspenderlo era como acallar a un enemigo. ■
JOSE MONLEON.



CINE

Un día en la vida de Harry Stoner

«Parece que los tigres y los leones siempre vuelven al lugar donde fueron más felices. Y allí es precisamente donde los cazan...». No es ésta una frase casual del diálogo de *Salvad al tigre* (*Save the tiger*), 1972, de John G. Avildsen, sino la que define la circunstancia en que se encuentra su protagonista. La trampa del momento en que se sintió feliz es la de un pasado no resuelto ni asumido, la de una mitología juvenil que —desde el béisbol a la guerra en Italia— pervive en él con más fuerza que el propio presente. Trampa evasiva, soñadora, en la que cae gustosamente ante una realidad que le supera, se irá convirtiendo para Harry Stoner en única razón de vivir, en atractiva ratonera por la que deslizarse cada vez que constata su desfase con las características del mundo en que se mueve.

Por encima de todo, Avildsen (nacido en el año 1936) se ha esforzado en ofrecer un retrato minucioso del americano medio, del que —gozando de una aparentemente muy sólida situación económica— se siente insatisfecho, víctima propicia de fantasmas y miedos de todo tipo. Calificado como «el cineasta de la mayoría silenciosa», en cuanto que se complace en reflejar la mentalidad, usos y costumbres del que se diría «feliz ciudadano estadounidense», el autor de *Joe y Guess what we learned in school today?* —dentro de una carrera

en la que a *Save the tiger* preceden seis largometrajes, todos ellos desconocidos en España—, pretende bucear en la situación de crisis colectiva que se plantea en USA en los años sesenta, y que tiene a la guerra de Vietnam como principal detonador. Así y de una manera muy evidente, *Salvad al tigre* posee, junto al significado de análisis psicológico de un individuo, el mucho más amplio de una parábola sobre un estado colectivo de malestar, desilusión y ruptura.

El film parte en sus primeras secuencias de un arranque muy similar al de *El compromiso*, de Kazan, para irse despegando paulatinamente en un sentido distinto, mucho más próximo al que testifican obras como las de Hopper (*Easy rider*), Rafelson (*Mi vida es*

de la vida del protagonista (espléndidamente interpretado por Jack Lemmon, que consigue matizar al máximo su personaje hasta hacer que el film se convierta en un «show» de su trabajo, por el que lograría el Oscar de Hollywood), en el que éste entra abiertamente en una situación de crisis, Avildsen le va haciendo enfrentarse con distintos problemas y situaciones, frente a los que el personaje emplea como la única vía de escape el irracionalismo de una evasión mítica, el enfangamiento en unas obsesiones bélicas o lúdicas, que se van apoderando progresivamente de él en un camino que tiene como única meta, primero, la neurosis, y luego, la alienación.

Pero no es ésta, sin embargo, la única respuesta de Harry Stoner. Otra fundamental es la

escrupulos de su socio y principal amigo— en recurrir a un incendiario, actuar como alcahuete o valorar a las personas según su potencial de compra, a la hora de sobrevivir, de seguir adelante con el negocio que creó de la nada. Se trata, en definitiva, de la lucha del superviviente, de los «tigres» que se van quedando solos en una selva que ya desconocen, y en la que no pueden ni apenas reclamar la ayuda de sus semejantes, ni combatir con los medios que habían aprendido, superados por la práctica común.

En este sentido, Avildsen muestra una complacencia hacia su personaje, un deseo de justificarle en muchas ocasiones, que debilitan la validez ideológica de *Salvad al tigre*. Se diría que, de alguna manera, el cineasta parti-

Un asesino poco científico

Si la pasada semana comentábamos el título de Balcázar *El misterio de la vida* como una película que, con la coartada de unos elementales principios científicos, desarrollaba no la película didáctica que se decía, sino un film políticamente oportunista, en esta ocasión habría que señalar un mecanismo tigramente parecido en *El asesino de muñecas*, de Michel Skaife. Aquí no se trata de disimular propaganda política alguna, sino de ocultar tras una parábola con pretensiones científicas una sinceridad autobiográfica o una objetivación real de problemas personales.

Michel Skaife (que oculta en este seudónimo su auténtico nombre, Miguel Madrid) inicia su película avisando que ésta va a presentar el «auto-psicoanálisis de un psicópata» (?); a partir de ahí, cualquier gratitud, cualquier evasión le está permitida, aunque presuma de atenerse a datos científicos comprobados. El error de su película no estriba sólo en la torpeza de la puesta en escena, en el exceso de unos diálogos pretenciosos, en la inverosimilitud de unos actores que no acaban de creerse lo que tienen que hacer (con la excepción de David Rocha, mal actor, que justamente para marcar su credibilidad exagera unas muecas trasnochadas capaces de producir vergüenza ajena), en lo grotesco de muchas situaciones —grotesco por la desproporción de sus pretensiones—, sino que ese error parte del planteamiento inicial de la película: querer fingir en enunciados científicos (por otra parte, muy dudosos) lo que no es sino una parábola sobre la homosexualidad. Para respetar el enunciado del cientifismo, Michel Skaife debía haber re-



«Salvad al tigre» («Save the tiger», 1972), de John G. Avildsen.

mi vida) o Schatzberg (*Espantapájaros*). Si en estos autores citados el tema principal es el de la huida física como símbolo director de una huida existencial y social, protagonizada por personajes, voluntaria o involuntariamente marginados, en Avildsen la huida será mental y a cargo de un hombre que se diría perfectamente instalado en el «zoo» social, en una colectividad con reglas fijas y marcadas, a la que sólo hace funcionar el poder del dinero. Siguiendo un día

marcada por la contradicción entre el universo de valores que dice añorar, dentro del que parece se sentiría en plenitud, y la concreción de unas determinadas resoluciones. Con el fin de salvar su empresa, o de ganar clientes, este propietario de una firma de confección no duda en utilizar los recursos más tramposos o menos éticos. Siente nostalgia por el país «limpio», «lleno de ideales» y «combativo» que conoció de joven, pero no duda —frente a los

cipa de la nostalgia de su protagonista, de su rechazo del mundo actual, en beneficio de pasadas épocas mejores. Un mayor y mejor acercamiento crítico a la narración, así como —en otro orden de cosas— un despojamiento de la «literatura», las redundancias y los subrayados, que lastran a menudo el film, habrían convenido extraordinariamente a la hora de ofrecer un verdadero apunte sociológico de la realidad americana. ■
FERNANDO LARA.